

Antecedentes

1494. Tratado de Tordesillas.

Los reyes de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando, y el rey Juan II de Portugal se repartieron en esta localidad vallisoletana el llamado Nuevo Mundo. En realidad, el tratado lo que establecía era una línea de demarcación a 370 leguas desde las islas de Cabo Verde. Así fue

como la parte oriental de América del Sur, el extremo este de Brasil, pasó a pertenecer a Portugal. La línea pasaría, aproximadamente, por lo que es hoy la ciudad de Sao Paulo. La firma de este tratado, considerado por algunos historiadores como el primero moderno de Europa, suponía una posición de clara ventaja de los reinos



Tratado de Tordesillas.

castellano-aragonés de cara al dominio de las nuevas tierras de ultramar y contó con el apoyo del Papa.

1498. Primer desembarco.

El 5 de agosto tuvo lugar el primer desembarco europeo en América del Sur, gracias a Cristóbal Colón. En 1500 se



Adiós a España

El 19 de abril de 1810, con Napoleón dominando la península, las colonias de América inician un proceso revolucionario que les llevaría a su independencia

LA HISTORIA

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Mientras España hervía, alzada contra Napoleón, América se sublevaba. El colapso político de la España peninsular brindó a los dirigentes criollos la oportunidad de explotar todos los agravios acumulados en el siglo anterior. En la doctrina ilustrada y el ejemplo de Estados Unidos encontraron aquellos descendientes de españoles el arma perfecta para dejar oír con fuerza sus argumentos frente a la desatención de la metrópoli y la actitud de los hidalgos peninsulares, especialmente vizcaínos y guipuzcoanos, que los habían desplazado de los mejores puestos de la Administración. Al igual que en la Guerra de la Independencia, el clero más popular será una magnífica cantera de líderes insurgentes, con los pulpitos al servicio del movimiento independentista.

«Ser liberal en España es ser un emigrado político en potencia», escribió acertadamente Mariano José de Larra más de quince años después de que la intelectualidad implicada en las reformas napoleónicas y los doceañistas de Cádiz hubieran estrenado el camino del exilio, que habrían de seguir tantos españoles del siglo XIX fieles a sus ideas políticas. Pero las amargas palabras de Larra, el libe-



Precursor. Francisco de Miranda inspiró y dirigió las primeras revoluciones.

ral español más representativo, la voz misma de la España liberal de 1833-1837, sirven también para explicar la situación de los revolucionarios comprometidos en las guerras de emancipación de Hispanoamérica. Porque ser liberal al otro lado del Atlántico, en las provincias ultramarinas del imperio español, también se convirtió en conspirar, pelear, sufrir prisiones y desencantos y, sobre todo, soportar exilios. Para los precursores y los fundadores de las repúblicas independientes de Centroamérica y América del Sur, huir del absolutismo borbónico y refugiarse en Londres o Filadelfia fue tan común como para los liberales españoles de 1812 y 1823 escapar a Gibraltar, Londres o París. Durante años,

unos y otros vivieron en una especie de residencia flotante, siempre a la espera del acontecimiento que pudiera facilitarles el retorno y allanar la senda de sus planteamientos políticos.

La rebelión de Miranda

En el caso de las independencias suramericanas, la tradición del exilio comienza con el venezolano Francisco de Miranda, quien vivió en primera persona los dos acontecimientos internacionales

(Revolución de independencia en Norteamérica y Revolución francesa de 1789) que debilitaron las viejas fortalezas españolas de América, engarzando los descontentos criollos en una ideología y sirviendo de ejemplo a los jóvenes rebeldes hispanoamericanos.

Antes de que Simón Bolívar empezara a conspirar, Miranda había viajado por Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos, y había participado en la guerra de independencia de los patriotas norteamericanos y en las jornadas revolucionarias de Francia. La primera dio a Miranda sobrados motivos de reflexión, llevándole a la conclusión de que la independencia de las posesiones americanas del imperio español no podía re-

trasarse. No era lógico que territorios tan vastos y diseminados estuvieran gobernados por una metrópoli situada a miles de millas de distancia. Las segundas, que repercutieron en el mundo entero e hicieron estremecer tanto a los terratenientes y comerciantes criollos como a los ministros de Carlos IV, le enseñaron que la libertad es un bien precioso como el agua, y que, como ella, si no la guardamos, se derrama, se nos escapa y se disipa.

Viajero cosmopolita, general revolucionario, liberal moderado y trasatlántico, Francisco de Miranda es el prototipo de ilustrado, un espíritu admirablemente indomable y vigoroso, que miró cara a cara al Terror de los jacobinos y llegó a ver la sombra de la guillotina sobre su cabeza. Al girondino Brissot le pareció el hombre adecuado para llevar la Revolución a América. A Robespierre un militar que conspiraba con los monárquicos. A Napoleón un don Quijote, «con la diferencia de que no está loco». Él, que había tenido una actuación brillante como general de la Revolución, expresó su punto de vista sobre la Convención en pocas palabras: «Quiero la libertad, pero no una libertad basada en la sangre y la falta de piedad, como la que ha sido orden del día en este país hasta hace poco».

Para Miranda, el mayor peligro siempre estuvo en la aparición de principios extremistas, «que envenenan la libertad en la cuna y la destruyen». Hombre de acción destacado y resuelto, tras su paso por Francia se convirtió en el centro de todas las conjuras contra España. Con su imprenta a cuestas, él representó la promesa de la Ilustración americana, portadora de los nuevos principios de la organización social y política. Su quijotesca acometida contra el imperio español en 1806, cuando desembarcó en la costa venezolana al frente de quinientos voluntarios, exaltó la imaginación popular, sacudió las relaciones internacionales, que llamaron la atención sobre América, e hizo ver a las elites criollas que un levantamiento mejor organizado podía contar con

produjo el primer desembarco portugués en Brasil, de la mano de Pedro Álvares Cabral.

1525. La ciudad.

No fue hasta el 29 de julio 1525 cuando el conquistador español Rodrigo de Bastidas fundó la primera ciudad colonial en Sudamérica. Situada



Francisco Pizarro.

en Colombia, fue bautizada como Santa Marta. De aquí partieron expediciones para dominar el territorio. Siete años después, Francisco Pizarro completó la conquista del Imperio Inca con la ejecución de su rey, Atahualpa. Santa Marta, al igual que otras poblaciones costeras como Cartagena de Indias, fue a lo lar-

go de los años objetivo de los piratas que la saquearon en varias ocasiones.

Organización político-administrativa.

La zona española quedaba dividida en virreinos, capitánías o grandes provincias que agrupaban a varios de los países que hoy conocemos. Esto



Rodrigo de Bastidas.

es importante porque tras la independencia de España, todavía quedaría un largo proceso hasta desgajarse por completo, guerras incluidas. Por ejemplo, el Virreinato del Río de la Plata abarcaba Argentina, Uruguay, Río Grande del Sur y Santa Catarina, actual Brasil, Paraguay, Bolivia y el norte de Chile.

las simpatías de Inglaterra y Estados Unidos.

En ese mismo año de 1806, Gran Bretaña que, como Estados Unidos, deseaba entrar en el mercado colonial español atacó Buenos Aires defendida animosamente por tropas criollas, cuya victoria fortaleció su orgullo de americanos y los convenció de su capacidad para gobernarse por sí mismos.

Guerra en la metrópoli

La gran ocasión para probar la consistencia de los anhelos secesionistas removidos por las desafortunadas expediciones militares de Miranda llegó cuando Napoleón, en la cima de sus victorias europeas, invadió la España borbónica, sumiendo la Península Ibérica en los desastres de la guerra. De pronto, después de tres siglos de administración colonial, una realidad nueva, imprevista y deslumbrante, cegó a todos y cada uno de los habitantes de Hispanoamérica. Los Borbones, en las figuras espléndidamente patéticas de Carlos IV y Fernando VII, habían perdido el trono. Y en su lugar, gobernaba la familia Bonaparte. Al principio, los ciudadanos hispanoamericanos rechazaron el Gobierno títere de París y se organizaron en Juntas con la excusa de preservar la autoridad del prisionero Fernando VII. Sin embargo, antes de dos años los lectores criollos de Voltaire y Rousseau ya se habían arrancado todas las máscaras, depuesto a los gobernantes peninsulares y reivindicado la independencia.

Al frente de ellos, el ya legendario Francisco de Miranda, que regresó a Venezuela en 1810 para cooperar con la Administración y con el Ejército del territorio sublevado. Pero el soñador no pudo hacer realidad sus sueños. En 1810, Miranda era un general de 60 años, precavido, realista y disciplinado, un liberal moderado y razonador, marcado por años de exilio, desgaste y desilusión. Y lo que exigía la guerra de independencia de Hispanoamérica era un general joven, un genio militar de hierro, agresivo, sin prudencia alguna, sin temores ni inhibiciones.

Ese hombre era Simón Bolívar, el romántico impaciente que deseaba alcanzar tantas cosas en tan poco tiempo,



El final. Pintura de Daniel Hernández que recuerda la capitulación española en Ayacucho ante Bolívar.

po, el ambicioso y decidido visionario que traicionó a su precursor y admirado maestro, entregándole a las autoridades españolas, condenándole a una muerte terrible y lenta, en la prisión gaditana de La Carraca del fuerte Cuatro Torres.

Sin salida

Sin la colaboración de los ejércitos peninsulares, ocupados en la lucha contra el invasor francés, la guerra por la emancipación americana degeneró en un sangriento conflicto civil entre los partidarios de la independencia y los fieles a la metrópoli, entre los criollos ricos y los explotados mestizos e indios, manipulados por uno u otro bando. Concluida la guerra hispano-francesa, el Gobierno de Fernando VII, lejos de buscar una salida amistosa, respondió a los rebeldes con un Ejército de diez mil hombres, bien armados, que logró pacificar algunos territorios pero que no consiguió evitar la independencia de Argentina en 1816.

Poco duraría el orden im-

puesto por los generales de Fernando VII en las regiones pacificadas. El monarca español, tan intransigente en América ante cualquier forma de autonomía como lo había sido en España con los defensores del liberalismo, impidió la paz lanzando a los caudillos de la independen-

Fernando VII fue intransigente a cualquier forma de autonomía, lo que condujo a la guerra sin cuartel

La fulminante batalla en el llano peruano de Ayacucho en 1824 liquidó el poder español en todo el continente

cia a una guerra sin cuartel.

Entre 1816 y 1820 tienen lugar las grandes campañas, en las que se enfrentaron los cuerpos expedicionarios españoles a los patriotas americanos, cuyos jefes militares, Simón Bolívar y José San Martín, dirigían con gran acierto estratégico la sublevación y se aprovechaban de la falta de recursos del Gobierno de Madrid.

Los triunfos de los libertadores en Colombia y Chile no consiguieron hacer claudicar a Fernando VII, que preparaba la represalia concentrando tropas en Andalucía que no llegaron a cruzar el Atlántico, al sublevarse en 1820, a las órdenes de Riego, a favor de la Constitución de Cádiz.

Al compás de las dificultades de la monarquía española, los rebeldes prosiguieron su avance, pero todavía quedaba el Alto Perú, donde resistían los últimos reductos leales a España. En Guayaquil, se reunieron los dos caudillos americanos. «Estoy cansado de mandar» dice el moderado San Martín al exal-

tado Bolívar mientras le traspasaba la responsabilidad personal de derrotar al virrey español de Perú, que contaba con un Ejército numeroso.

La batalla de Ayacucho

La última gran batalla por la independencia de América del Sur tuvo lugar en el llano de Ayacucho en el Alto Perú. En el Ejército de Bolívar convivían gauchos de las orillas del río de la Plata, llaneros de la Gran Colombia, patriotas chilenos, peruanos, ecuatorianos y también ingleses, franceses e incluso españoles ganados para la causa del Nuevo Mundo.

La mañana del 9 de diciembre de 1824, los ejércitos realista y americano cargaron uno contra otro y, al atardecer la bandera española caía rendida a los pies de los generales de Bolívar. La fulminante batalla de Ayacucho liquidaba el poder español en Perú y en todo el continente.

En México, el miedo a una revolución igualitaria e indigenista mantuvo a los terratenientes, a los burgueses y

al alto clero fieles a la metrópoli. Sin embargo, los intentos de reforma agraria y eclesiástica del Trienio Liberal (1820-23) empujarían a los notables y a la Iglesia apoyar el movimiento independentista de Agustín Iturbide, un militar que había combatido con extrema violencia los ejércitos insurrectos, quien, en 1821 proclamaba la independencia del antiguo virreinato español.

Terminada la lucha por la independencia, la tensión disgregadora y la inestabilidad política derrumban el sueño ganado en el campo de batalla. El militarismo y el caudillismo toman al asalto los poderes de las naciones adolescentes, que durante un siglo pelearán encarnizadamente entre sí. «He arado en el mar» escribió decepcionado Simón Bolívar, mientras quienes le habían llamado el Libertador y Padre de la Patria quemaban sus estatuas en las calles de Bogotá.

■ FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad de Deusto